

Los dientes blanquíssimos, bajo los labios ásperos entreabiertos, brillaban en contraste con la piel negra y tensa. Tendido en la cama, en un semi-sueño de serena borrachera, dejaba pasar los minutos: el tiempo, hundido en el alcohol, transcurría lentamente sus instantes; y las cosas, esfumadas en la cinta temblante del aire caliente, aparecían casi traslúcidas, limpias de contornos precisos. Escuchó el chirrido del tranvía corriendo por los rieles, y el ruido le llegó preciso y no obstante ajeno a su carne y su memoria. Pensó un momento en los rieles acerados, y recayó de nuevo en el sopor que se llenaba sólo con las imágenes quietas, pero que él agilizaba mirándolas, de las cosas que estaban a su alrededor. Frente a él la ventana en un rectángulo apenas más oscuro que la pared encajada, surcado por densos hilos de luz partiendo la madera.

Cerró los ojos y respiró lenta cadenciosamente, elevando el pecho amplio y desnudo, y de pronto, naciendo de una reverberación calurosa y cercana y no obstante casi inespacial, la atmósfera densa y opaca de toda la casa lo fué invadiendo en una oleada de olor de indescriptible cualidad, mezcla de sudor de cuerpos sucios, ropas viejas, ratón muerto y paños secando al sol sus cacas. Pensó que afuera haría un día claro y seco, como un gran baño de luz, hondo de aire duro y caluroso.

Con los ojos aun cerrados escuchó como empujaban la puerta.

—¿Se puede?

—Entrá.

Pero sabía que su voz no era necesaria. Que la negra entraría lo mismo, quieta en el aire, mirándolo, escarbándolo con su mirada acuosa pero fija y horadante, y enervándolo con su parpadear pasmado, gracioso y grotesco a la vez. La negra se detuvo junto a la cama de hierro, sacudiendo los barrotes, arrojándolo fuera de su modorra, de su deseo casi animal de permanecer quieto, embebido en el sopor que le daban las cañas constantes y pausadas de los tres últimos días. Escuchó la voz, casi guturante, y con un lejano dejo tembloroso:

—Vas a salir?

—No. Acercate.

—¿Qué querés?

Ella dió un paso breve y rápido y se sentó sobre la cama, a los pies del hombre, que la golpeó ligeramente con el pie, mirándola ahora. La negra volvió a sonreír y a parpadear. Después quedó mirándolo fijamente. Escuchó la voz ascendiendo del estómago:

—Hay que terminar y le voy a dar una oportunidad al negrito, a Juan José.

Y el negro escupió con desprecio.

La negra abrió la boca para responder, pero sólo absorbió el aire denso y caluroso. Y se oyó de nuevo la voz lenta y honda:

—Por qué? ¿Para qué servirás vos? ¿decime?...

Y se incorporó a medias en la cama. Con el busto erguido, en la oscuridad del cuarto, parecía tener el cuerpo partido en dos, como si las piernas, con los pantalones claros no correspondieran con el torso negro y sudoroso. La golpeó nuevamente con el pie:

—Para nada! Sino es pa molestar... Y ya stoy cansadol... ¿Sabés?

—Pero Casildo!

—Sí, voy a terminar...

Y después de un silencio:

—Y vos, Flora, me hacés caso...

—¿Qué querés que haga?

El negro la observó un instante, y luego respondió:

—Me irás a Juan José para aquí, ¡y nada más!

—¿Para qué?

—No te importa, ¡me lo traés y basta!

—Pero Casildo...

—Callate, negra idiota.

La voz, entera y en una sola nota, no traslucía intenciones ni tenía sonoridad de ira. Y los ojos, brillantes en unos momentos y pagados por un ligero vaho de alcohol en otros, eran la única perceptible expresión de vida interior. El rostro adiabado permanecía con una quietud de ídolo, donde sólo se movían los labios al hablar y el casi imperceptible aletear de las narices con la respiración.

—Casildo, vos sabés que... El no...

El negro se irguió en toda su enorme estatura, y la negra, junto a él, empequeñecida, trasuntaba una indefensión añorada. El negro sonrió ahora, con una mórbida y maligna ternura:

—Vos te callás, ¡te digo! ¡Si tas rica para darte una tanda de palos!

Se adelantó un paso y la tomó de un brazo. La mano rodeaba el brazo enteramente.

—Y me hacés caso...

La negra parpadó y contrajo los labios. Inclino la cabeza, vencida. El negro la soltó. Sobre la carne negra, en el brazo, habían quedado, como señal del hombre, dos huellas grises.

II

El negrito Juan José tenía una apariencia inútil de hombre que siempre estuviera colgado del aire, sostenido su cuerpo por un clavo invisible. Sus labios indefensos, tiernos y negligentes, le daban ese aire abobado que adquiría en los momentos plenos y decisivos de su vida, y que no era más que la perduración en el adulto de una indesasible condición infantil, mezcla de asombro y miedo, que le hacían, a ratos, buscar una bárbara soledad, para sentir, en una piadosa conmoción de sí mismo, más tristes sus huesos y desgraciada su carne. Se lloraba a sí mismo como

si hubiera muerto. Y entonces los ojos, despavoridos y agrandados, le ganaban el rostro.

Cuando se enteró que la Flora se acostaba con Casildo, pensó que era imposible. Cuando se convenció que era cierto, se sintió como si todo él se hubiera llenado de muerte, de un impalpable trasunto de muerte, que era para él, no obstante, algo físico y tangible, y amargo, con ese amargor que da la muerte en presencia helada y descompuesta.

Ahora estaba recostado, de espaldas en el suelo, en un terreno baldío a dos cuadras de la casa. A la sombra del muro blancuzco de cal sucia y vetado por las venas de rojizos ladrillos donde el reboque había caído, con las piernas replegadas sobre el vientre y las manos bajo la cabeza, intentaba recordar cosas de allí al lado en el tiempo, en una orilla cercana e impalpable, pero con la sensación de que hubieran ocurrido hacía un siglo.

El dolor de los nervios en tensión, la densidad de la carne corrida por la sangre, lo apretaba en una única sensación: sentía que vivía, con una vida informe, vacía de actos y de ideas, y como si todo su cuerpo fuera un solo rítmico latir, sólo tenía la precisa conciencia de su respiración, pausada, igual y cortante. Por instantes, relámpagos de recuerdos, puras imágenes alucinadas, que se alejaban de golpe, emergían vívidas y fugaces, entreverándose, sumándose a la sensación, casi dolorosa del calor y del silencio. Intentando organizar sus ideas, sentía que dentro de sí se articulaban palabras, apretándose: "Ten-go queir. Queir. Queir. Ten-go. Tengoqueir." Pero no se podía mover, sintiendo, no obstante, como una loca sensación el deseo que toda la ciudad entrara en un vértigo enloquecedor, girando febril en una absoluta su-

bordinación no a alguien ni a una idea, sino absolutamente subordinado al movimiento mismo. Deseaba que el ómnibus que sentía pasar a dos cuadras fuese más rápido, esquivando o atropellando enloquecido los obstáculos. Que toda la gente del mundo apresurase el paso, corriendo sin saber a dónde ni por qué. Que todas las luces se prendieran, iluminando algo invisible y quizás inexistente. ¿Para qué? No lo sabía. Deseaba sólo un ritmo vertiginoso, ciego y palpitante, ceñido a su pesar a una desconocida y conmovedora razón. Y de pronto, como naciendo de la reverberación bárbara del sol, y como si todo ese imaginario movimiento se organizara en actos precisos y claros creándole un involuntario deseo que lo ponía en el camino de una finalidad estricta y recalentada de sol, pensó en una sola palabra:

—Tengoqueir.

Y se vió a sí mismo en movimiento, caminando alucinado hacia un lugar al cual sus piernas se negaban a ir, con la dura sensación de que el calor le cerraba el paso, con una tangible corporeidad que debía vencer en un esfuerzo inaudito. Alucinado. Como el alcoholista que ante el alcohol que no puede beber, se embriaga a su sola vista.

Y el adoquinado parejo de la calle se deslizaba debajo de sus pies, y era para él, el adoquinado el que se movía y no sus propias piernas cadenciosas en una marcha igual y apenas sostenidas por una negada voluntad de llegar.

III

La Flora se miraba las manchas grisáceas del brazo, pensando en los dedos fuertes de Casildo.

Saltó sobre la vereda ganando la pequeña franja de sombra que proyectaba el balcón y esperó. Sobre el empedrado gris y solitario ardía el sol con una áspera reverberación casi enloquecedora. Sentía el calor de las piedras atravesando las suelas gastadas de las zapatillas, y le parecía que el calor le ascendía ágilmente por las piernas, y, a partir de la bifurcación de los muslos, se le apretara en un cerrado nudo de fuego sobre el vientre y los pechos, para deshacerse luego en un halo seco y caliente por encima de la cabeza. Extendió las manos, con las palmas hacia arriba, con un movimiento de brazos que adquirió un sentido casi ritual. Por la calle no pasaba nadie, y la calle toda en silencio, con la pesadez cansada de la hora de la siesta, adquiría un viejo prestigio de seriedad. Ella sentía, quizás pensaba sin palabras, en una honda, callada y unitaria sensación: "Los deseo a los dos. A los dos. Por encima del macho y con un ardor que está más allá de la carne, que sobrepasa el sexo." Y era una sensación aguda, anudada al calor, al sol, al polvo fino y gastado que parecía rutilar lejos, en el cuadrilátero sin pasto ni piedras del predio abandonado.

De pronto la Flora vió a Juan José junto a sí, sin casi darse cuenta de que lo había visto venir. Y Juan José estaba junto a ella, con el mismo vértigo sereno con que había llegado, y poseído por una ineludible necesidad de abrir grandes los ojos con espanto. Giró rápidamente las manos frente al rostro de la Flora, como si quisiera disipar del aire el pesado chorro de calor, para poder hablar. Pero quedó callado. Fue ella la que habló:

—Casildo... te quiere... hablar.

Y quedó mirándolo fijamente: los ojos agrandados como platos vacíos del negro le habían frenado el parpadeo. Pero ahora, al hablar, parpadó estremecida, y de inmediato, con un movimiento más rápido y poderoso que su intención, le colocó la mano sobre el hombro y la dejó resbalar sobre el brazo negro. Y el negro, vacilante, interrogó:

—¿Sí?

—Sí. Ahora mismito.

Y se miraron en silencio, y el silencio pareció derretirse en la tarde calurosa, hasta que la calle se enriqueció de pronto con el sonido lejano de un bocinazo que llegó hasta ellos.

IV

Casildo estaba encucillado en la cama, con un aspecto de ídolo meditativo, y entre la penumbra sólo sobresalía la blancura de los dientes. Sonriendo, con los ojos entornados, no dejaba traslucir intenciones ni designios. Cuando los vió entrar, su absoluta pasividad los detuvo un instante en la puerta, conteniendo el avance rápido de la Flora, que trocó ese movimiento por una súbita detención, tomando el brazo de Juan José, que ahora se le había adelantado.

Desde el fondo del cuarto, desde la cama, vino la voz, silabeante y lenta, con un dejo irónico y gastado:

—¿Vinieron? ¿Eh? Pasen nomás. Como en su casa.

Y el cuerpo del que la voz venía quedó quieto aún unos instantes. Después, lentamente, con un apremio contenido y cuidadoso, Casildo se levantó, sentándose en el borde de la cama, y mirándolos con una intensidad que por momentos parecía revestirse de indiferencia y de burla. Volvió a hablar:

—Caminen, ¡pero si parecen de palo!

Juan José dió un paso. La Flora parpadó tres veces consecutivas, rápidas, y se quedó de pronto con los ojos muy abiertos y duros. Casildo se levantó. El calor les envolvía a los tres como una copa de agua caliente.

—¿Así que vos lo sabías y no decías nada? Pero yo me di cuenta...

La Flora volvió a parpadear, y Casildo oyó apenas su voz implorante:

—Pero Casildo...

Vos callate. No habléis qu'estás de sobra.

Y se dirigió recto hacia Juan José. Cuando estuvo a un paso de él se detuvo, y con extremado cuidado le puso un dedo sobre la frente. Lo tocaba como si tocara una flor delicada y olorosa. Dijo:

—Ta bien. No quiero discutir. Pero ahora me tenés que castigar.

Y le quitó la mano de la frente.

La voz de Juan José fué apenas un murmullo:

—Pero yo... Yo...

Y quedó callado, transido de estupor, sintiendo que el mundo se achicaba, se achicaba, y que él comenzaba a quedar por fuera del mundo. Y comenzó a sonreírse, aninado. Altos los pectorales enérgicos, Casildo lo miró fijamente.

—Pegame, te digo.

Y se quedó quieto. Juan José dejó de sonreír, y se alejó un paso, los ojos enormes, atrapando la imagen desmedida del otro que, inmóvil e impasible, esperaba. La luz que caía del techo, partía el cuerpo recio en dos, en un irrisorio juego de luz y de sombra: como si la parte en sombra fuera la exacta contrafigura de la parte en luz. Juan José veía los dientes blancos, destapados por una sonrisa fiera, con una crueldad en la que no había el menor asomo de exaltación ni de ira. Como si la dureza fuera una cualidad que quedaba por fuera de él, sin tocarlo, creando un impulso impalpable, pero con una realidad que lo

hacía más tangible que las mismas cosas materiales que lo rodeaban. Pero la sonrisa cesó:

—Pegame, negrito insolente, ¡te dije!...

Juan José dió un nuevo paso hacia atrás.

—Tenés que pegarme, te digo. Tenés que pegarme, maulón, o de un piñazo te achato de arriba p'abajo.

Y Casildo dió un paso corto y medido, y la parte en luz entró totalmente en la parte en sombra. La unidad en sombra que era su cuerpo ahora parecía agrandarse, y sus movimientos, lentos y duros, adquirirían no obstante un frenesí pausado y contenido. Recién ahora Juan José percibió en Casildo un vaho áspero de caña, y una sensación de espanto comenzó a inmovilizarlo, vuelto de piedra por el miedo, con la boca en O, con una intención de grito que no podía dar, y se moría, ahogada, en un llanto silencioso en la garganta.

—Flojazo el negrito, ¿eh? ¡Te voy a romper el culo!

Le dió primero, con la mano abierta, un cachetazo feroz. Pero su movimiento fué tan enérgico y sencillo que pareció casi tierno. Juan José sintió que los ojos se le volaban hacia atrás, pero permaneció con los párpados abiertos. El blanco del ojo se le acentuaba junto a la piel negra, realzado, dejando al rostro con una expresión mortuoria de estatua, con todos los músculos endurecidos como queriendo reventar en un máximo y violento esfuerzo de tensión. Al segundo golpe, con el puño cerrado, cerró los ojos. El rostro adquirió, ablandándose, una débil e indefensa expresión infantil. Y en tanto los golpes se sucedían intuía más honda y nítidamente ese cadáver potencial que

cada hombre lleva adentro.

—¡Vas a aprender a ser macho! ¡Vas a aprender!

Fué lo último que oyó. Al segundo puñetazo cayó al suelo, donde Casildo, serena y conscientemente, lo empezó a patear. Sintió como si todas las cosas que lo rodeaban, el mismo piso que sustentaba su cuerpo dolido, y él mismo, se fueran distendiendo hacia una inmensidad de espacio, mientras el tiempo, ilimitado, transcurría sin que fuera posible contarlos en horas, minutos ni segundos. Y él, en tanto, agrandándose en el tiempo y flotando en el espacio, se sobrecogía poseído de una aguda sensación inefable, dulce y dolorosa. "Ave María Purísima!", rezó en su corazón, sintiendo que las palabras se le agitaban en el pecho, frías y silenciosas, sin poder encontrar el camino de la lengua, mientras su carne, estremecida, agrandándose en el aire ceñido y rico de oscuridad y calor, se extendía, flor abierta de sudor, dolor y olores, en una triple dimensión de eternidad. Y la luz que caía del techo se le empezó a tornar azul, gris, verde, negra, en rápidas y sucesivas mutaciones, hasta que se hundió en el mundo sin luz del desvanecimiento.

Casildo dejó de pegarle.

—¡Y le di nomás! —dijo en voz baja.

Luego se quedó inmóvil, como ensoñado surgiendo de la vieja y siempre virgen tierra, e intuyendo que con toda su viril capacidad para el odio y el amor, lo estaba amando.

La Flora, estática, volvió a parpadear rápida y aterrorizadamente, y salió corriendo.

A R T U R O S E R G I O V I S C A